

La Guerra Sagrada y la Gran Victoria final



LA LUCHA ESPIRITUAL

Pablo Martín Sanguiao

**“Muerte y Vida se han enfrentado en un prodigioso duelo;
el Señor de la Vida había muerto, pero ahora vivo triunfa”**

(de la Secuencia de la S. Misa del Domingo de Pascua)

Cada cosa tiene una dimensión externa, que se ve, y otra interna, la más importante. Por eso, todo lo que pasa externamente en el mundo se explica con lo que sucede interiormente: *«Lo que sale del hombre, es lo que contamina al hombre. De dentro, o sea, del corazón de los hombres, salen las malas intenciones: fornicación, robos, homicidios, adulterios, malos deseos, engaños, impureza, envidia, calumnia, soberbia, estupidez. Todas esas cosas malas salen de adentro y contaminan al hombre».* (Mc 7,20-23)
«¿De dónde proceden las guerras y litigios que hay entre vosotros? ¿No vienen tal vez de las pasiones que combaten en vuestros miembros?» (Santiago 4,1)
Las tragedias que están pasando en el mundo se han de comprender a la luz de una guerra mucho más grande y trascendente, no sólo guerra de naciones contra naciones, sino de reino contra Reino: el del pecado, de satanás, contra el Reino de Dios. Y esta gran Guerra espiritual se combate en el corazón de cada hombre.

Contemplemosla en cuatro pasos:

1 - Guerra y Paz

2 – La actual Guerra profetizada

Una profecía de hace 2700 años que se está cumpliendo ahora

3 - La gran Guerra de espíritus

LA LUCHA ESPIRITUAL

4 – Y después de la gran guerra, el Triunfo y la Paz

EL DIA DE LA VICTORIA

La Guerra sagrada y la gran Victoria final

1 - Guerra y Paz

*“Oiréis hablar de guerras y rumores de guerras, pero no os turbéis, porque es necesario que todo eso suceda, mas no es aún el fin. Se levantará **nación contra nación y reino contra Reino**; y habrá hambres y terremotos en varios lugares; pero todo esto es sólo el comienzo de los dolores. Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán, y seréis odiados por todos los pueblos a causa de mi nombre. Muchos se escandalizarán, y se traicionarán y se odiarán unos a otros. Surgirán muchos falsos profetas que engañarán a muchos; por el exceso de la maldad se enfriará el amor de muchos, mas el que persevere hasta el fin será salvo. Entre tanto este **Evangelio del Reino** será anunciado en todo el mundo, como testimonio para todas las gentes; y entonces vendrá el fin.”* (Mt 24, 6-13)

*“Tomad fuerza en el Señor y en el vigor de su poder. Revestíos de la armadura de Dios, para poder resistir a las insidias del diablo. **Nuestra lucha no es contra criaturas de sangre y de carne**, sino contra los principados y las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos que vagan por los aires. Tomad pues la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y permanezcáis firmes tras haber superado todas las pruebas. Estad pues alerta, ceñidos con la Verdad, revestida la coraza de la Justicia y calzados los pies con el célo de propagar el Evangelio de la paz. Embraced en todo momento el escudo de la Fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno; tomad también el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios.”* (Ef 6,10-17)



2 – La actual Guerra profetizada

Una profecía de hace 2700 años que se está cumpliendo ahora

Leemos en el 2º libro de las Crónicas - Capítulo 20:

Una guerra santa

«Después los **Moabitas** y los **Ammonitas**, ayudados por los **Meunitas**, marcharon contra Josafat para atacarle. Vinieron mensajeros que anunciaron a Josafat: *“Una gran muchedumbre viene contra ti del otro lado del mar, de Edom. Ya están en Jasesón-Tamar, o sea, en Engadí”*. En su miedo Josafat se dirigió al Señor, promulgando un ayuno para todo Judá. Congregóse Judá para implorar ayuda del Señor; vinieron de todas las ciudades de Judá para implorar al Señor. Josafat, puesto en pie en medio de la asamblea de Judá y de Jerusalén en el Templo, delante del atrio nuevo, dijo:

“Yahvé, Dios de nuestros padres, ¿no eres Tú Dios en el cielo, y no dominas Tú en todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano la fuerza y el poder, sin que nadie pueda resistirte? ¿No has sido Tú, oh Dios nuestro, el que expulsaste a

los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel y la diste a la posteridad de tu amigo Abrahám para siempre? Ellos la han habitado y han edificado un santuario a tu Nombre, diciendo: Si viene sobre nosotros algún mal, una espada, un castigo, peste o hambre, nos presentaremos ante Ti en este Templo, porque tu Nombre está en este Templo, y clamaremos a Ti en nuestra angustia y Tú nos oirás y nos salvarás. Pero ahora, mira que los Ammonitas, los Moabitas y los de las montañas de Seir, en cuyas tierras no dejaste entrar a los Israeliti cuando salieron del país de Egipto, por lo cual se apartaron de ellos sin destruirlos, ahora nos pagan viniendo a echarnos de la heredad que Tú nos has dado. Oh Dios nuestro, ¿no harás Tú justicia con ellos? Pues nosotros no tenemos fuerza contra una multitud tan grande que viene contra nosotros y no sabemos qué hacer; pero nuestros ojos se vuelven hacia Tí”.

Todos los habitantes de Judá estaban en pie ante el Señor, con sus niños, sus mujetes y sus hijos. Entonces el Espíritu del Señor, en medio de la asamblea, vino sobre Yacaciel, hijo de Zacarías, hijo de Benaías, hijo de Yeiel, hijo de Mattanías, levita, de los hijos de Asaf. El dijo: *“¡Atended vosotros, Judá entero y habitantes de Jerusalén, y tú, oh rey Josafat! Así os dice el Señor: No temáis ni os asustéis ante esa gran muchedumbre, porque **esta guerra no va contra vosotros, sino contra Dios**. Bajad contra ellos mañana; ellos subirán por la cuesta de Sis. Vosotros los sorprenderéis al extremo del valle, frente al desierto de Yeruel. No tendréis que combatir en ese momento; deteneos bien ordnados y veréis la salvación que el Señor hará por vosotros, oh Judá e Jerusalén. ¡No temáis ni os asustéis! Mañana, salid a su encuentro; el Señor estará con vosotros”.*

Josafat se postró rostro en tierra; todo Judá y los habitantes de Jerusalén se postraron ante el Señor para adorarlo. Los levitas, de los hijos de los Keatitas y de los hijos de los Koreitas, se levantaron alabando al Señor, Dios de Israel, con toda la voz.

Al día siguiente se levantaron temprano y partieron hacia el desierto de Tékoa. Mientras iban saliendo, Josafat, puesto en pie, dijo: *“¡Oídmme, Judá y habitantes de Jerusalén! Creed en el Señor vuestro Dios y estaréis seguros; tened confianza en sus profetas y triunfaréis”.*

Después, habiendo deliberado con el pueblo, puso a los cantores del Señor, vestidos con ornamentos sagrados, para que marchando delante de los guerreros, cantaran en honor del Señor diciendo: *Alabad a Yahvé, porque su gracia es para siempre*. Apenas empezaron sus aclamaciones y alabanzas, el Señor tendió una emboscada contra los **Ammonitas y Moabitas** y los de las montañas de **Seir**, que venían contra Judá y fueron derrotados. **Los Ammonitas y los Moabitas se lanzaron contra los habitantes de las montañas de Seir para exterminarlos y destruirlos y cuando hubieron acabado con los de las montañas de Seir, se destruyeron mutuamente.**

Cuando los de Judá llegaron a la colina desde la que se veía el desierto, se volvieron hacia la multitud, pero no había más que cadáveres tendidos por tierra, sin ningún sobreviviente. Josafat y su gente fueron a saquear los despojos y

hallaron mucho ganado, riquezas, vestidos y objetos preciosos, y recogieron tanto que no lo podían llevar. Pasaron tres días recogiendo el botín, porque era muy abundante. Al cuarto día se reunieron en el valle de Beraká y allí bendijeron a Yahvé; por eso se llama el lugar valle de la Bendición, hasta el día de hoy. Luego todo Judá y todos los de Jerusalén, con Josafat al frente, regresaron con júbilo a Jerusalén, porque el Señor los había llenado de gozo a costa de sus enemigos. Entraron en Jerusalén dirigiéndose al Templo, tocando arpas, cítaras y trompetas. Cuando se supo que el Señor había combatido contra los enemigos de Israel, el terror de Dios se apoderó de todos los reinos de los países. El reinado de Josafat fue tranquilo; Dios le dio paz en todas sus fronteras».

Y en la 1ª Corintios, 10,11 San Pablo dice proféticamente: *«Todas esas cosas les sucedieron como figura y fueron escritas para amonestarnos a nosotros, para quienes ha llegado el final de los tiempos»*.

¿Han oído hablar del “valle de Josafat”? ¿Del “valle de la Decisión” o del Juicio de Dios? (Joel, 4). Cuando el rey Josafat (descendiente de David y antepasado del Mesías) subió al trono de Judá, eliminó todos los ritos paganos permitidos por sus predecesores y reforzó el culto a Dios. Con una política vigorosa se hizo temer a los pueblos vecinos, pero cometió el error de aliarse con el impío rey Acab, del reino del norte (Israel), y por poco no le costó la vida, a él y a su ejército. El profeta Jehú lo regañó: *“¿Tú amas a los que odian al Señor? Por eso está sobre tí una gran cólera del Señor, el cual sin embargo tendrá en cuenta el bien que has hecho”*.

En efecto, le dieron noticia de que los edomitas y los ammonitas, temibles guerreros del sur, se dirigían contra Jerusalén. Con el miedo, Josafat ordenó un ayuno en todo su reino y delante de todo su pueblo invocó al Señor: *“No tenemos fuerza contra una multitud tan grande que viene contra nosotros y no sabemos qué hacer; pero nuestros ojos se vuelven hacia Tí”*. Surgió entonces el profeta Yacaciél que en nombre del Señor proclamó: *“No temáis ni os asustéis ante esa gran multitud, porque esta guerra no va contra vosotros, sino contra Dios. No os toca a vosotros combatir en ese momento; deteneos bien ordenados y veréis que será vuestra la victoria del Señor”*. Josafat entonces se postró con el rostro en el suelo y lo mismo hizo el pueblo. Al amanecer del día siguiente salieron al encuentro de los enemigos y Josafat se detuvo y dijo: *“¡Habitantes de Judá y de Jerusalén! Creed en el Señor vuestro Dios y estaréis seguros; tened confianza en sus profetas y triunfaréis”*, y en vez de lanzarlos a la lucha ordenó que se pusieran a alabar a Dios. Los moabitas y los ammonitas se lanzaron contra los de las montañas de Seir, acabando con ellos, pero luego, en el momento de atacar a los judíos, se enzarzaron entre ellos y se exterminaron. Cuando los judíos dirigieron la mirada al desierto, vieron una enorme extensión de cadáveres. *“No va esta guerra contra vosotros, sino contra Dios”*: aquella historia se repite hoy con dimensiones planetarias.

No sólo es guerra de “naciones contra naciones”, sino una guerra de “reino contra Reino”. Los enemigos de la Verdad, de la Justicia y de la Paz tienen en común el mismo objetivo: el dominio absoluto del mundo, con un gobierno único mundial

(según la conocida tentación del padre de la mentira: *“Todo esto te daré, si te postras y me adoras”*, Mt 4,9); ¡poseerlo para afirmarse ellos mismos como “dios” pero sin Dios! ¡El hombre que se hace Dios! Y a sus espaldas, la intención del enemigo infernal, “el príncipe del mundo”, que es la de destruir la Santa Iglesia así como la humanidad y toda la obra de Dios, si le fuera posible. Dios permitirá sólo hasta un cierto punto, para purificar la tierra y purificar su Casa que es la Iglesia, para que esté preparada para su Venida gloriosa.

«Pues ha llegado el momento en que empieza el juicio a partir de la Casa de Dios; y si empieza por nosotros, ¿cómo acabarán los que se niegan a creer en el Evangelio de Dios?» (1ª Pedro 4,17).

Los tres enemigos preparados para el ataque son:

- en occidente la masonería (el mundialismo anglo-sionista, con su Nuevo Orden Mundial),
- en oriente el comunismo (que puede cambiar el nombre, pero que sigue vivo después de su aparente caída, con la desaparición de la Unión Soviética, pero está presente en tantas naciones, empezando por la China),
- y en el sur el Islam, con más de mil millones de fieles, siempre listos para su “guerra santa”.

«El sexto ángel tocó la trompeta. Entonces oí una voz a los lados del altar de oro que se halla ante Dios. Y le decía al sexto ángel que tenía la trompeta: *“Suelta a los cuatro ángeles encadenados sobre el gran río Eufrates”*. Fueron liberados los cuatro ángeles (demonios) preparados para la hora, el día, el mes y el año **para exterminar la tercera parte de la humanidad**. El número de las tropas de caballería era de doscientos millones; oí el número. En la visión vi a los caballos y a los que los montaban: tenían corazas como de fuego, de jacinto, de azufre. Las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones y de su boca salía fuego, humo y azufre. Con esas tres plagas, por el fuego, por el humo y por el azufre que salía de sus bocas, **perció un tercio de la humanidad**». (Apocalipsis 9,13-18).

“En la conversión y en la calma está vuestra salvación, en el abandono confiado está vuestra fuerza”, dice el Señor (Isaías, 30,15). Los enemigos se destruirán entre sí.



3 - La gran Guerra de espíritus **LA LUCHA ESPIRITUAL**

¿Pero de qué cosa nacen todas estas guerras, todo este odio y violencia entre los hombres, entre las naciones, incluso dentro de las mismas familias? *“Los enemigos del hombre serán los de su casa”* (Mt 10,36)

“¿Y de dónde vienen entre vosotros tantas guerras y contiendas? ¿No es acaso de vuestras pasiones, que luchan en vuestros miembros? ¡Codiciáis y no tenéis; matáis, ardéis de envidia y no obtenéis nada; os combatís y os hacéis la

guerra! Y no tenéis porque no pedis; pedis y no recibis porque pedis mal, para dar satisfacción a vuestras pasiones. ¡Gente infiel! ¿No sabéis que amar el mundo es odiar a Dios? Quien quiere ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: hasta los céelos nos ama el Espíritu que El hace habitar en nosotros? Al contrario, nos da una gracia más grande; por eso dice: “Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da la gracia”. Someteos pues a Dios; resistid al diablo, y él huirá de vosotros. Acercaos a Dios y El se acercará a vosotros. Lavaos las manos, oh pecadores, y purificad vuestros corazones, oh indecisos.” (Santiago 4,1-7)

Estamos en medio de una gran **“GUERRA DE ESPÍRITUS”** o **“GUERRA SAGRADA”**.

No es una lucha pequeña ni privada; es guerra total, que empezó desde el primer día de la Creación y que acabará al fin del mundo. Es guerra total porque, teniendo lugar en nosotros y a nuestro alrededor, afecta a todo cuanto existe y compromete, poniendola en peligro, a toda la obra divina de la Creación, de la Redención y de la Santificación.

No es guerra de inteligencias, que se combate con razonamientos; es guerra de espíritus: *“Nuestra lucha no es contra criaturas de carne y sangre, sino contra los Principados y las Potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos que vagan en los espacios celestes” (Ef. 6,12), “contra Satanás y los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas”.*

Es guerra **“sagrada”**, porque es una guerra impía contra Dios, provocada por aquellos que lo odian, y combatirla es un deber nuestro de fidelidad e de amor a El, guerra que sólo con armas divinas podemos vencer. *“El Señor os dice: No temais ni os asusteis de esta multitud inmensa, porque **la guerra no es contra vosotros, sino contra Dios**. Mañana saldreis contra ellos; subirán por la cuesta de Ziz. Vosotros los sorprendereis al final del valle, frente al desierto de Yeruel. **No os tocará a vosotros combatir en ese momento; deteneos bien ordenados y vereis la salvación que el Señor hará por vosotros**, oh Judá y Jerusalén. No tengais miedo ni os desanimeis. Mañana, salid a su encuentro; el Señor estará con vosotros” (2º libro de las Crónicas, 20,15-17).*

Es **“santa”**, porque lo que nos jugamos es la salvación o la condenación eterna, “ganar” a Dios o perderlo para siempre. *“Proclamadlo entre las gentes: llamada a la **guerra santa**, animad a los valientes y que vengan, que suban todos los guerreros. Con vuestras azadas haceos espadas y lanzas con las hoces: que hasta el más débil diga: ¡soy un guerrero!” (Joel, 4,9-10).*

“El Reino de los cielos sufre violencia y los violentos se apoderan de él” (Mt 11,12). “Sufre violencia”, o sea: “es objeto de violencia, es motivo de lucha, hay que luchar para alcanzarlo”.

Al hablar de lucha espiritual personal, que cada uno de nosotros ha de combatir interiormente y no pocas veces exteriormente, hace falta colocarla en el contexto de una lucha mucho más grande, que nos trasciende: *“Reino contra reino”.*

Lo contrario de “lucha” o de “guerra” es “paz”. ¿Pero qué guerra? ¿Qué paz?

“No creais que Yo haya venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada” (Mt 10,34). “La paz os dejo, mi paz os doy. No como la da el mundo, os la doy Yo. No se turbe vuestro corazón y no tenga miedo” (Jn 14,27).

Debemos recordar esta grande guerra.

Empezó en el Cielo al comienzo de la historia de la Creación, cuando “en el primer día” Dios creó la luz –la luz era una cosa buena– y **la separó** de las tinieblas. Empezó entonces **el juicio de separación**: los hijos de Dios, “hijos de la Luz”, fueron separados de aquellos que queriendo ser ellos luz por propia capacidad, sin Dios, automáticamente se volvieron tinieblas.

*“También tú has sido derribado como nosotros, ahora ya eres igual que nosotros. **A los infiernos** ha sido arrojado tu orgullo, la música de tus arpas; debajo de tí hay una capa de estiércol, te cubres con gusanos. **¿Cómo es que has caído del cielo, Lucifer, hijo de la aurora?** ¿Cómo es que has sido derribado a tierra, señor de pueblos? Y sin embargo tú pensabas: **Subiré hasta el cielo, sobre las estrellas de Dios pondré mi trono, mi estableceré en el monte de la asamblea, en lo más alto del septentrión. Llegaré hasta por encima de las nubes, me haré igual al Altísimo.** ¡Y al contrario, has sido precipitado a los infiernos, en lo profundo del abismo! Todo los que te ven te miran fijo, te observan atentamente: ¿es éste el que arruinaba la tierra, el que hacía temblar los reinos, el que reducía el mundo a un desierto, el que destruía las ciudades, el que no abría la cárcel a sus prisioneros?” (Isaías, 14,10-17).*

*“Ahora quiero recordaros a vosotros, que ya sabeis todas estas cosas, que el Señor, después de haber salvado al pueblo de la tierra de Egipto, hizo perecer después a aquellos que no quisieron creer, y que **a los ángeles que no conservaron su dignidad sino que abandonaron su propia morada, El los tiene en cadenas eternas, en las tinieblas, para el juicio del gran día.**” (San Judas, 5-6).*

Fue el comienzo de la guerra al principio de la historia: *“Así pues estalló una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles combatían contra el dragón. El dragón luchaba junto con sus ángeles, pero no prevalecieron y ya no hubo más lugar para ellos en el cielo. El gran dragón, la antigua serpiente, que llamamos diablo y satanás y que engaña a toda la tierra, **fue precipitado a la tierra y con él fueron precipitados también sus ángeles**” (Apoc. 12, 7-9).*

La lucha se trasladó a la tierra, y el objeto de la contienda fue el hombre: *“Sí, Dios ha creado al hombre para la inmortalidad; lo hizo a imagen de su propia naturaleza. Pero **la muerte ha entrado en el mundo por envidia del diablo; y la experimentan aquellos que le pertenecen**” (Sab. 2,23-24).*

El hombre no sólo es objeto de la contienda, como lo fue el cuerpo de Moisés, que el arcángel Miguel y el diablo se disputaban (San Judas, 8), sino que él mismo tiene que combatir y, como prueba de la vida, tiene que decidir de qué parte está: *“El que no está conmigo está contra Mí, y el que no recoge conmigo, dispersa.” (Mt. 12,30).*

«Y ahora os invito a todos: venid conmigo al Edén, donde tuvo principio nuestra existencia, donde el Ser Supremo creó al hombre y, **haciéndolo rey, le dió un reino en que dominar**. Ese reino era todo el universo, pero su cetro, su corona, su autoridad salían del fondo de su alma, en la que residía el **Fiat** Divino como Rey dominante, **el cual formaba la verdadera realeza del hombre**. Sus vestiduras eran regias, más refulgentes que el sol; sus actos eran nobles, su belleza era arrebatadora. Dios lo amaba tanto, gozaba con él, lo llamaba “mi pequeño rey e hijo”. Todo era felicidad, orden y armonía.

Ese hombre, nuestro primer padre, se traicionó a sí mismo, traicionó su reino y, haciendo su propia voluntad, amargó a su Creador, que tanto lo había exaltado y amado, y **perdió su reino, el reino de la Divina Voluntad**, en la cual todo le había sido dado. Las puertas del reino se le cerraron y Dios retiró para Sí el reino que le había dado al hombre. Ahora he de deciros un secreto: Dios, al retirar en El el reino de la Divina Voluntad, no dijo: “No volveré a darlo al hombre”, sino que lo reservó esperando a las futuras generaciones para asaltarlas con gracias sorprendentes, con luz deslumbradora, para eclipsar al **querer humano** que nos hizo perder un reino tan santo, y con tal atractivo de asombrosos y prodigiosos conocimientos de la Divina Voluntad, que nos hiciera sentir la necesidad y el deseo de dejar a un lado nuestro querer que nos hace infelices y lanzarnos a la Divina Voluntad como nuestro reino permanente». (Luisa Piccarreta, “Llamamiento”).

A partir de entonces aparecen con toda evidencia **los dos protagonistas** del drama, de la lucha, que del cielo ha pasado a la tierra: **la adorable Voluntad del Creador y la voluntad del hombre**.

La primera daba al hombre su belleza, su nobleza, su vida divina, ¡su Reino!

La segunda, separandose del Querer Divino por haber dado vida a un querer humano, nos ha hecho perder esa belleza y nobleza divina, la vida, ¡aquel Reino tan santo!

Es verdad que detrás del querer humano se esconde su instigador, satanáas, que de esa forma puede dominar fácilmente al hombre, pero también es cierto que el hombre resulta siempre libre y responsable de adherir a la Voluntad de Dios o de preferir la suya.

*“Llamo hoy como testigos contra vosotros el cielo y la tierra: Yo te he puesto delante **la vida y la muerte, la bendición y la maldición**; elige la vida, para que vivas tú y tu descendencia, amando al Señor tu Dios, obedeciendo a su voz y manteniendote unido a El, porque El es tu vida”* (Deut. 30,19-20).

El único problema que en el fondo existe, es el de **las relaciones entre la Voluntad de Dios y la nuestra**. Guerra o paz. Encuentro o choque. Abrazo o rechazo.

Ambas voluntades ya estaban representadas por los dos misteriosos y a la vez **simbólicos** árboles del Paraíso terrenal: **el Arbol de la Vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal** (Gén. 2,9). El fruto bendito del primero es la Vida; el fruto del segundo, del cual el hombre no debía comer, es la muerte.

La Voluntad Divina había “bajado” por amor, haciéndose presente en cada cosa creada, en su obra de la Creación, a la que da existencia, energía y vida, la vida de sus infinitas perfecciones, por lo cual “llenos están los Cielos y la tierra de su Gloria”. Y también en el hombre, en Adán, creado perfecto e inmaculado, **la Divina Voluntad estaba presente para ser su vida**, y en él era tanto más gloriosa, cuanto más superaba el hombre en dignidad y belleza a todos los demás seres creados. En efecto, los demás seres son obras y criaturas de Dios, mientras que el hombre, Adán, fue creado en cuanto **hijo** de Dios (Lc. 3,38).

En Adán Dios veía a todos los demás hombres futuros, **hijos suyos**; pero Adán y toda su descendencia eran llamados a ser **hijos de Dios** en Jesucristo, el Verbo Encarnado, “*el Primogénito*” entre todas las criaturas (Col. 1,15-17) “*la Cabeza de todo hombre*” (1ª Cor. 11,3), “*el Heredero de toda la Creación*” (Lc. 20,14). A nuestro primer padre Adán, hijo de Dios, la Divina Voluntad no sólo quería darle la vida natural, ya que Adán fue hecho “*alma viviente*” (1ª Cor.15,45), sino la Vida misma sobrenatural de Dios; lo cual era un don por gracia.

Por ese motivo, el Arbol de la Vida estaba “*en medio del jardín*” (Gén. 2,9).

Pero el Don tenía que ser aceptado libremente y por amor, como libremente y por amor Dios lo ofrecía. Por eso era necesaria la **prueba**. Sin la prueba, libre aceptación total de la Voluntad Divina, respuesta de amor, Dios habría tenido **siervos**, es decir, **esclavos**, pero no **hijos**, cosa indigna de su Amor. El hombre tenía que tener su propia voluntad “como si no la tuviera”, es decir, debía sacrificarla o consagrarla, o sea, ofrecerla como don de amor a Dios, para hacer que en ella viviera por gracia la Voluntad Divina.

¿Qué significa que el hombre habría debido tener su voluntad “**como si no la tuviera**”? Es decir, ¿debía o no debía tenerla? Es el mismo problema del Arbol del conocimiento del bien y del mal: tenía que estar allí, en el jardín del Edén, pero el hombre no debía comer de su fruto para no morir.

En otras palabras, en ese “Paraíso terrenal” que era la naturaleza humana, no podía faltar en absoluto la voluntad del hombre, que es la facultad activa que decide, cuya característica esencial es ser libre, tener el “**libre albedrío**”, lo cual es claramente una perfección divina, que por sí sola demuestra como el hombre ha sido creado “**a imagen**” de Dios.

En efecto, poder decidir sin coacción es sumamente noble, es propio de Dios, que en la criatura es también un riesgo necesario y gravísimo: poder rechazar a Dios por preferirse a sí misma. Eso fue precisamente lo que hizo Lucifer y lo que en menor grado hace el hombre cuando peca.

A la naturaleza humana (“*espíritu, alma y cuerpo*”, 1ª Tes. 5,23), por la que el hombre es “**a imagen**” de Dios, Dios añadió, no por naturaleza, sino por gracia, como corona real, **un don sobrenatural: su Divina Voluntad**, que hacía al hombre “**a su semejanza**”. Dios creó al hombre a su imagen, para que el hombre viviera y obrara a su semejanza, como un pequeño Dios creado, para poder amarlo y ser por él amado, “*participando así de la Naturaleza Divina*” (2ª Pedro. 1,4).

Pero en el momento de dar respuesta en la prueba, el hombre dijo que no a Dios, desobedeció y con suma ingratitud ignoró al Donador y al Don: o sea, quiso hacer su propia voluntad. En eso consiste **el pecado**. Rechazó y perdió la Divina Voluntad, le cayó de la cabeza la corona real y dejó de ser semejante a Dios. Con el pecado el hombre dejó de ser **hijo** de Dios, rompió el vínculo de amor y de vida que lo unía a su Creador y, por más que luego se arrepintió, pudo ser admitido solamente como **siervo**. Para volver a ser otra vez **hijo** era necesario que Aquel que es el Hijo de Dios por naturaleza propia, restituyera al hombre su misma condición de hijo **por gracia**, mediante la Redención.

La Divina Voluntad ya no pudo vivir y reinar en el hombre, se vió despreciada, expulsada, desterrada y quedó como oculta en la Creación, como en coma profundo, ignorada por el hombre (Por eso *“toda la Creación gime y sufre hasta hoy en los dolores del parto”*: Rom. 8,22). Quedó como una madre amorosísima, privada de hijos, que no La reconocen, La ignoran y La ofenden bárbaramente; mientras que sigue cuidando de ellos, sirviendoles por medio de todas las cosas creadas, dandoles lo poco que puede, a causa de la ceguera y alejamiento en que se encuentran, en espera del día en que su Luz se abrirá paso en sus mentes oscurecidas y por fin La acojan y La hagan reinar como su propia Vida.

El pecado es hacer como un niño que, apenas empieza a hablar, sus primeras palabras no fueran “¡Papá, Mamá!”, sino: “¡Vete de mi vida, no Te reconozco, no Te quiero, no Te serviré!”. Es dar vida al propio querer humano, rechazando la Voluntad Divina.

Pues hace falta precisar que **la Voluntad Divina y la voluntad humana debían vivir con tal acuerdo y unión de amor, que no se pudiera distinguir una y otra**, como cuando una gota de agua se arroja al mar. Por tanto, más que en unión, ambas voluntades debían **vivir en la unidad de un solo querer, el Querer Divino**.

Así es en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. El tiene por naturaleza una Voluntad Divina (la misma y única Voluntad del Padre y del Espíritu Santo) y una voluntad humana, que conservó en perfecta inocencia y fidelidad, y no obstante la tuvo sacrificada, sin vida propia... Jesús la tenía como si no la tuviera, porque **ambas voluntades vivían y actuaban en la unidad de un solo Querer, el Querer Divino**. Jesús no vivió una doble vida, “unas veces como Dios y otras veces como hombre”, no, sino siempre y en todo como el Hombre-Dios que es. Por eso, todas las cosas hechas por Jesús con su perfecta naturaleza humana, hasta las más pequeñas (comer, dormir, llorar, caminar, conversar, etc.) son humano-divinas, fruto de un Querer Divino, Infinito, Eterno, Santísimo... Tienen por tanto un valor infinito y divino, tienen un alcance eterno, no sólo porque la ha hecho una Persona Divina, sino porque son fruto de un Querer Divino.

Entrevemos **la cruz-dolor**: está formada por esas **dos voluntades que se oponen, que se cruzan, como dos palos, como los troncos de esos dos árboles**. El tronco vertical, la Voluntad de Dios; el horizontal, que dice “no quiero”, la voluntad del hombre.

Entonces Jesús, que en su Encarnación había unido en feliz **desposorio** su Voluntad Divina y su voluntad humana, ha tomado en Sí a todas las criaturas para reunir las con Dios. Ha encontrado la Voluntad de Dios y las voluntades humanas en oposición, en forma de “**cruz-dolor**”, y la ha abrazado para cubrirla con su “**Cruz-Amor**” y así destruir su contraposición y su recíproco dolor. Y la “Cruz-Amor” de Jesús, en la que siempre ha vivido, recostado en plácido abandono, no es más que los brazos amorosos del Padre Bueno que Lo sostienen, es su dulcísima e inmensa Voluntad, que para Jesús es el alimento, el descanso, la Vida.

Hemos visto así en qué consiste esta grande guerra, a qué se debe, Es decir, hemos visto **la esencia del pecado** y cómo Jesús Nuestro Señor ha vencido, haciendo triunfar en su Humanidad la Voluntad del Padre: *“¡No se haga mi voluntad, sino la tuya!”* (Lc. 22,42). **En eso consiste esencialmente la lucha espiritual.**

Pero **la voluntad** del hombre es invitada a separarse de la Voluntad de Dios, despreciándola, por un engaño, por una mentira que es presentada **a la inteligencia**. Siempre es así, se ama una cosa en la medida que se conoce. La “noticia” llega a los sentidos corporales, de los que pasa a la mente y de la mente pasa al “corazón”, a la voluntad, si ésta consiente.

“Que nadie diga, cuando es tentado: «Soy tentado por Dios»; porque Dios no puede ser tentado por el mal y no tienta a nadie al mal. Cada uno es tentado por su propia concupiscencia que lo atrae y lo seduce; después la concupiscencia concibe y produce el pecado, y el pecado, cuando se ha consumado, produce la muerte” (Santiago, 1,13-15).

Esta **concupiscencia**, que es triple, consiste en la inclinación hacia determinadas cosas que se presentan como agradables, que prometen satisfacer el deseo del hombre de sentirse saciado, que se presentan como “gustos”.

“El gusto tiene este poder: si es gusto mío, transforma a la criatura en Mí; si es gusto natural, la arrastra a las cosas humanas; si es gusto de pasiones, la arroja a la corriente del mal. El gusto parece cosa de nada, y sin embargo no es así, es el primer paso hacia el bien o hacia el mal; y fíjate cómo es así:

Adán, ¿por qué pecó? Porque retiró la mirada del atractivo divino y, al presentarle Eva el fruto para que lo comiera, miró el fruto y la vista sintió gusto al mirarlo, el oído sintió placer oyendo las palabras de Eva, que si comía el fruto llegaría a ser como Dios, el paladar se deleitó comiéndolo, de manera que **el gusto fue el primer paso hacia su ruina**. Pero si hubiera sentido disgusto al mirarlo, molestia y fastidio al oír las palabras de Eva, disgusto al comerlo, Adán no habría pecado sino que habría hecho el primer acto heroico en su vida, resistiendo y corrigiendo a Eva por haberlo hecho, y él habría conservado la corona imperecedera de la fidelidad hacia Aquel a quien tanto debía y que tenía todos los derechos de su dependencia. ¡Oh, cuánto hay que estar atento a los diferentes gustos que surgen en el alma! Si son gustos puramente divinos, darles vida, pero

si son gustos humanos o de pasiones, darles la muerte; de lo contrario hay peligro de precipitar en la corriente del mal” (Luisa Piccarreta, 06.06.1923).

Dios quiere, por amor, que el hombre, que cada hombre supere **una prueba**, para dar así una respuesta de amor meritorio y de fidelidad. De la prueba no puede ser exentado ni el ángel, ni el hombre, ni tampoco la Stma. Virgen, ni siquiera Jesucristo en su Humanidad. Dios quiere **la prueba** para premiarnos.

Pero el enemigo, el diablo, por odio a Dios y a su criatura, quiere **la tentación**, para arruinarnos, si lo consigue. Y Dios, que conoce la fuerza de su propio Amor, acepta el desafío y contra su misma evidencia “confía” en la fidelidad de su criatura, fruto de tanto Amor, y permite al tentador acercarse al hombre. Así es como, en ciertos momentos, **la prueba** y **la tentación** se identifican, Dios y el tentador caminan –por así decir– por un cierto trecho juntos, con dos finalidades diametralmente opuestas...

La primera tentación, a Eva y por ella a Adán, fue posible cuando el amor se empezó a enfriar, cuando disminuyó la atención. ¡Lo mismo nos pasa a nosotros, cuando no cuenta el amor!

*“¿Quieres saber por qué pecó Adán? Porque se olvidó de que Yo lo amaba y que debía amarme. Ese fue el primer paso de su culpa. Si hubiera pensado que Yo lo amaba tanto y que él tenía la obligación de amarme, nunca se habría decidido a desobedecerme, así que **antes cesó el amor, después empezó el pecado**. Y en el momento en que dejó de amar a su Dios cesó el verdadero amor a sí mismo; sus mismos miembros y potencias se le rebelaron; perdió el dominio, el orden, y sintió miedo. Y no sólo eso, sino que cesó el verdadero amor a las demás criaturas, mientras que Yo lo había creado con el mismo amor que reina entre las Divinas Personas, con el que uno había de ser la imagen del otro, la felicidad, la alegría y la vida del otro. Por eso, cuando vine a la tierra, la cosa a la que dí más importancia fue que se amaran los unos a los otros como Yo los amaba, para darles mi amor de antes, para hacer reinar en la tierra el Amor de la Stma. Trinidad.” (Luisa Piccarreta, 06.09.1923).*

¿Y cómo se desarrolla la tentación, **cada** tentación? “...Entonces la mujer vio que el árbol era **bueno** para comer, **bello** la vista y deseable para adquirir **sabiduría**; tomó de su fruto y comió de él, después le dio también a su esposo, que estaba con ella, y él también comió” (Gén. 3,6).

Es decir: vio en las cosas **una bondad, una verdad, una belleza sin Dios**, una bondad, una verdad, una belleza que atrae, agradable, deseable para ser como Dios, pero sin Dios..., al contrario (se comprende) sospechando que la Voluntad de Dios sea un obstáculo, que Dios sea un rival de la realización del hombre, de su felicidad..., no creyendo ya a su Amor. Esto se llama “mentira”, falta de amor, ingratitud.

El engaño que cada tentación propone es ver y considerar las cosas creadas, las criaturas, sin que esten vinculadas a Dios, **sin relación con Dios**, sino –suplantando a Dios– considerandolas **en relación al propio “yo”**. Lo cual se llama impiedad,

idolatría, soberbia, egoísmo. Es robar a Dios, apropiarse de sus cosas y de sus derechos. “¿Me gusta ésto? Pues si Dios no me lo da, me lo apropio igualmente”.

La tentación –esta lucha– puede venir de tres frentes: dos externos y uno interno. Son los enemigos del alma, los enemigos de nuestro verdadero bien: **el demonio, el mundo y la carne**.

Estos tres enemigos pretenden negar a Dios, suplantándolo en el corazón del hombre:

– El demonio **contra el Padre Divino**, quiere suplantarlo, robándole sus hijos: *“Vosotros teneis por padre al diablo”* (Jn. 8,38-44).

– El mundo **contra el Hijo, Jesucristo**: *“Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a Mí”* (Jn. 15,18-19).

– Y la carne **contra el Espíritu Santo**: *“...la carne tiene deseos contrarios al Espíritu y el Espíritu deseos contrarios a la carne...”* (Gál. 5,16-25).

- Del primer enemigo ya hemos hablado: por soberbia quiso adorarse a sí mismo y despreció a Dios hasta el máximo rechazo y odio, y por eso desprecia y odia a todas las criaturas, sobre todo al hombre, por ser imagen de Dios y por su vocación a ser su hijo.

- El segundo enemigo, **el mundo** (no hay que confundirlo con el universo o con el planeta Tierra), es **“el anti-Evangelio”**, es el dominio de Satanás, príncipe del mundo, es el conjunto de los hombres que lo siguen, instruidos y guiados por él a la misma rebelión. Del mundo dice San Juan: *“¡No ameis el mundo, ni las cosas del mundo! Si uno ama el mundo, el amor del Padre no está en él; porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de **la carne**, la concupiscencia de **los ojos** y **la soberbia** de la vida, no viene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa con su concupiscencia; pero el que hace la Voluntad de Dios permanece para siempre!”* (1ª Jn. 2,15-17).

- Y nuestro tercer enemigo, el interno, **la carne**, es esta **triple concupiscencia**, que como un monstruo de tres cabezas, está listo a despertarse en nosotros cuando en nosotros no manda el Querido Divino, la Voluntad del Padre. Si nuestra voluntad, por poco que sea, le concede algo, el monstruo crece y está dispuesto a agredirnos. **Sólo la Divina Voluntad puede vencer y aplastar la concupiscencia.**

Esta concupiscencia es la inclinación o deseo de satisfacer las tres dimensiones del hombre, según San Pablo (1ª Tes. 5,23):

- el espíritu (mediante **la soberbia**),
- el alma (con **la avaricia** o apego a las cosas de la tierra)
- y el cuerpo (con **la gula** y **la lujuria**).

Estos vicios capitales son característicos del enemigo, del mundo. Por eso el Señor pidió al Padre diciéndole: *“Yo les he dado tu palabra y el mundo los ha odiado porque ellos **no son del mundo**, como **Yo no soy del mundo**. No te pido que Tú los quites del mundo, sino que los protejas del maligno”* (Jn. 17,14-16).

Son los tres enemigos que el tentador usó contra el Señor en el desierto y más veces en su vida, esperando que, si caía, demostrara que no era Dios:

“Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado **por el diablo**. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. El tentador entonces se le acercó y le dijo: «*Si eres el Hijo de Dios, dí que estas piedras se vuelvan pan*». Pero El contestó: «*Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*».

Entonces el diablo lo condujo a la ciudad santa, lo puso en el pináculo del templo y le dijo: «*Si eres el Hijo de Dios, arrójate, pues está escrito: Enviaré a sus ángeles para que te sostengan con sus manos, para que no tropiece tu pie contra piedra alguna*». Jesús le respondió: «*También está escrito: Non tentarás al Señor tu Dios*».

De nuevo el diablo lo llevó sobre un monte altísimo y le hizo ver todos los reinos del mundo con su gloria y le dijo: «*Todo ésto te daré si te postras y me adoras*». Pero Jesús le respondió: «*¡Vete, satanás! Está escrito: Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo servirás*». Entonces el demonio lo dejó y los ángeles se le acercaron y lo servían” (Mt. 4,1-11).

Venciendo la primera tentación, Jesús ha vencido por nosotros toda tentación de la **carne**, que a El podía llegar sólo desde afuera, siendo su naturaleza humana perfectamente ordenada y gobernada por la Voluntad Divina.

Venciendo la segunda, despreciando un triunfo humano grandioso y fácil, ha aplastado la soberbia que se anida en nuestra **inteligencia**.

Y venciendo la tercera, la sugestión de poseer el mundo y todas las cosas tan interesantes y deseables que nos ofrece, ha desbaratado la avaricia y todo deseo de nuestra **voluntad**.

*“Yo no logro comprender siquiera lo que hago: de hecho no hago lo que quiero, sino lo que detesto. Ahora, si hago lo que no quiero, reconozco que la ley es buena; por tanto no soy yo el que lo hace, sino el pecado que está en mí. Pues yo sé que en mí, o sea, en mi carne no habita el bien; **hay en mí el deseo del bien, pero no la capacidad de realizarlo; de hecho no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero**. Pues bien, si hago lo que no quiero, no soy yo el que lo hace, sino el pecado que habita en mí. Hallo pues en mí esta ley: cuando quiero hacer el bien, el mal está a mi lado. En efecto, consiento en mi interior a la ley de Dios, pero veo en mis miembros otra ley que hace guerra a la ley de mi mente y me hace esclavo de la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Pobre de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo inclinado a la muerte? ¡Sean dadas gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor! Es decir, que yo con la mente sirvo la ley de Dios, pero con la carne la ley del pecado.”* (Rom. 7,15-25).

Por eso, San Pablo dice: *“Yo corro, pero no como quien no sabe adónde va; boxeo, pero no como uno que golpea el aire, sino que trato duramente mi cuerpo y lo reduzco a esclavitud, no sea que después de haber predicado a los demás, yo mismo sea reprobado”* (1ª Cor. 9,26-27).

*“A la bestia... fue permitido hacer **guerra a los santos** y vencerlos”* (Apoc. 13,7).

Ha llegado el tiempo en que no bastará ser **santos**, hace falta que en nosotros Jesús sea todo, para vencer. **Solamente la Divina Voluntad puede vencer y derrotar a nuestros tres enemigos. Solamente Ella puede vencer esta guerra.**

Nuestra voluntad humana, por sí sola, jamás podría, porque es ella precisamente la que siente la tendencia, la inclinación a obrar por su cuenta, a dar vida a su propio querer humano...

“...Mi ideal en la Creación era el Reino de mi Voluntad en el alma de la criatura; mi primera finalidad era hacer de los hombres otras tantas imágenes de la Trinidad Divina mediante el cumplimiento de mi Voluntad en ellos, pero separándose el hombre de Ella, Yo perdí mi Reino en él y por más de seis mil años he tenido que sostener una larga batalla, pero por más que haya sido larga, no he dejado mi ideal ni mi primer fin, ni lo dejaré; y si vine a hacer la Redención, vine para realizar mi ideal y mi primera finalidad, es decir, el Reino de mi Voluntad en las almas. Tan cierto es, que para venir formé mi primer reino del Querer Supremo en el Corazón de mi Madre Inmaculada; fuera de mi Reino nunca habría venido a la tierra.

Por lo tanto sufrí fatigas y penas, quedé herido y al final muerto, pero el Reino de mi Voluntad no se realizó. Puse las bases, hice los preparativos, pero la batalla sangrienta entre la voluntad humana y la Divina ha continuado todavía. Ahora, hija mía pequeña, cuando veo que obras en el Reino de mi Voluntad –y a medida que obras, su Reino se establece cada vez más en tí–, Yo me siento victorioso en mi larga batalla y todo en torno a Mí siente el triunfo y la fiesta. Mis penas, las fatigas, las heridas, me sonríen, y mi misma muerte da de nuevo la vida a mi Voluntad en tí. De manera que Yo me siento victorioso en la Creación, en la Redención...” (Luisa Piccarreta, 20.06.1926).



Y después de la Guerra sagrada, el Triunfo y la Paz EL DIA DE LA VICTORIA

Al terminar la gran guerra, después de la resurrección universal de los muertos y del Juicio final, se celebrará para siempre “el Día de la Victoria”, del pleno triunfo de la Divina Voluntad con el triunfo del Corazón Inmaculado de María, “la Mujer vestida de Sol”, y con Ella, de todos sus hijos, vestidos también ellos de Sol. Tendrá lugar entonces **el gran Desfile de la Victoria**, maravilloso, inimaginable, que sin embargo –habiendo visto grandiosos desfiles militares de los ejércitos de este mundo, que son menos que una sombra– me imagino de alguna forma así:



El grandioso desfile se celebrará en presencia de Dios, Uno y Trino, infinitamente grande, sentado en su trono, la Divina Voluntad, en su tribuna de honor.

“Vi un Trono nel cielo, y sobre el Trono Uno estaba sentado. El que estaba sentado era semejante en su aspecto a la piedra de jaspes y a la sardónice. Un arco iris semejante a esmeralda rodeaba el Trono. Alrededor del Trono había veinticuatro escaños y en ellos estaban sentados veinticuatro ancianos vestidos con vestiduras blancas y con coronas de oro sobre sus cabezas. Del Trono salían relámpagos, voces y truenos; siete lámparas de fuego ardían ante el Trono, símbolo de los siete espíritus de Dios. Delante del Trono había como un mar transparente semejante a cristal, y en medio del Trono y alrededor del Trono había cuatro seres vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás” (Apoc. 4,2-6)

“Vi luego un Trono grande blanco y Aquel que en él se sentaba, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo sin dejar rastro de sí. Luego vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el Trono. Fueron abiertos los libros, y fué abierto otro libro, que es el Libro de la Vida” (Apoc. 20,11-12)

Y empieza el desfile triunfal de la Vita. Abre el cortejo Jesucristo, verdadero Dios (que está sentado “a la derecha” del Padre) y verdadero Hombre, a la cabeza de todas las criaturas, el cual, a las campanadas solemnes del reloj que marca el final de la historia, se hace la señal de la Cruz, porque nos ha redimido con su Sangre, y se pone en marcha.

“Luego vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco; el que lo montaba es llamado “Fiel” y “Verídico” y juzga y combate con justicia. Sus ojos son como llama de fuego, lleva en su cabeza muchas diademas; tiene un nombre escrito que nadie conoce sino él mismo. Viste un manto empapado de sangre y su nombre es Verbo de Dios. Le siguen los ejércitos del cielo sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco y puro” (Apoc. 19,11-14), vestidos de Luz.

A su lado, dal lado del “Rey de reyes y Señor de señores”, la Reina, la Madre suya y nuestra, porque El no se explica sin Ella, ni Ella sin El: son un solo Corazón y una sola Vida.

“Hijas de reyes están entre tus predilectas; a tu derecha la Reina, vestida con oro de Ofir...” (Salmo 44,10)

“Mirando en las visiones nocturnas, he aquí que sobre las nubes del cielo apareció Uno, semejante a un Hijo del hombre, que llegó hasta el Anciano y le fué presentado, el cual le dió poder, gloria y reino; todos los pueblos, naciones y lenguas le servían; su poder es un poder eterno, que nunca acabará, y su reino es tal que nunca será destruido” (Daniel 7,13-14)

Llega ante el Trono y “está sentado a la derecha del Padre”, pero más adelante, en un cierto momento del desfile aparecerá de nuevo como Rey glorioso, El, que es el Primero y el Ultimo, “el Alfa y Omega, Aquel que era, que es y que viene, el Omnipotente” (Apoc. 1,8).

“A este Jesús Dios lo ha resucitado y todos nosotros somos testigos. Elevado por tanto a la diestra de Dios y tras haber recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, lo ha derramado... Porque de hecho David no subió al cielo, sino que dice: “Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus

enemigos como escabel de tus pies” (Hechos 2,32-35). “El ha de ser recibido en el cielo hasta llegar los tiempos della restauración de todas las cosas” (3,21).

“Este Hijo, que es irradiación de su gloria e imagen de su substancia y sostiene todo con la potencia de su palabra, después de haber cumplido la purificación de los pecados se ha sentado a la diestra de la Majestad en lo alto de los cielos, hecho tanto superior a los ángeles cuanto más excelente que el de ellos es el nombre que ha heredado” (Hebreos 1,3-4)

Entonces llegan los Angeles en sus nueve formaciones o coros, sus batallones, capitaneados por los 7 Arcángeles, de los que la Biblia nombra a tres: Miguel (que es el comandante), Rafael y Gabriel (Tobías 12,15).

“Hija mía, ¿quieres saber por qué son ángeles? Porque se han conservado bellos y puros como salieron de mis manos, porque se han mantenido siempre en aquel acto primero en el que fueron creados; por tanto, estando en aquel acto primero de su existencia, están en ese Acto único de mi Voluntad, que no conoce sucesión de actos, ni cambia, ni crece, ni decrece, y contiene todos los bienes posibles e imaginables. Y los ángeles, conservandose en ese Acto único de mi Voluntad en que les hice salir a la luz, se mantienen inmutables, bellos y puros. Nada han perdido de su primordial existencia y toda su felicidad está en permanecer voluntariamente en ese Acto solo de mi Voluntad. Todo encuentran en el ámbito de mi Querer; y no quieren, para ser felices, mas que lo que mi Voluntad les da. ¿Pero sabes tú por qué hay diferentes coros de ángeles, uno superior a otro? Hay unos que están más cerca de mi Trono, ¿sabes por qué? Porque mi Voluntad se ha manifestado a uno por un acto solo de mi Voluntad, a otro por dos, a otro por tres, a otro por más, y por cada cosa de más del acto que mi Voluntad les manifestaba, se hacían superiores a los otros y más capaces y dignos de estar cerca de mi Trono. Así que cuanto más se manifiesta mi Voluntad y en Ella se mantienen, tanto más quedan elevados, embellecidos, felices y superiores a los otros. Ya ves como todo consiste en mi Voluntad, y de saber mantenerse sin salirse de Ella, en esa misma Voluntad de la que proceden, y del conocimiento mayor o menor de mi Suprema Voluntad se forman los distintos coros de los ángeles, su diferente belleza, sus varios oficios, la jerarquía celestial” (Jesús a Luisa Piccarreta, Vol. 17°, 30.10.1924).

Los Angeles fueron los primeros creados por Dios, los hombres los últimos; así que en el gran desfile, después de los coros de los Angeles llegan los bienaventurados glorificados, los hombres conforme a las distintas vocaciones o misiones que han tenido y según los sucesivos tiempos de la historia. Y en primer lugar pasan los patriarcas del Antiguo Testamento, con Adán a la cabeza, y luego Noé, Abrahám, etc. Siguen todos los profetas, en sus respectivas épocas, encabezados por Moisés y Elías, hasta San Juan Bautista, el Precursor que cierra el Antiguo Testamento. Luego llegan los Apóstoles, los Evangelistas, los discípulos de todos los tiempos, los Padres de la Iglesia y los sacerdotes santos, los mártires de todos los siglos, los confesores de la Fe, todos los consagrados, los coros de las vígenes, en una palabra, todos los salvados, etc.

“Y siendo una cosa grande, establecer mi reino en el alma también en la tierra, he hecho como un rey cuando ha de tomar posesión de un reino: él no va el primero, sino que antes se hace preparar su palacio real, después manda sus soldados a preparar el reino y disponer los pueblos a su autoridad; sigue la guardia de honor, los ministros y por último el rey; eso es decoroso para un rey. Así he hecho Yo. He hecho preparar mi palacio, que es la Iglesia; los soldados han sido los santos, para hacer que me conocieran los pueblos; luego han seguido los santos que han sembrado milagros, como más íntimos ministros; **ahora come rey vengo Yo a reinar**. Por eso debía escoger un alma en la que formar mi primera morada y fundar este reino de mi Voluntad” (Jesús a Luisa Piccarreta, Vol. 13°, 3.12.1921).

Y por último aparece de nuevo el Rey de reyes, Cristo Jesús, rodeado por sus niños: *“La [pequeña] hija del Rey es espléndida, de gemas preciosas y de oro es su vestido. Es presentada al Rey con preciosos bordados; con ella las vírgenes sus compañeras son llevadas a Tí; con gozo y alegría entran juntas en el palacio reale. En lugar de tus padres vendrán tus hijos; los harás reinar en toda la tierra.”* (Salmo 44,14-17)

Me imagino así el grandioso, magnífico “desfile de la Victoria”... Siento la emoción, pensando a la alegría, al entusiasmo, a la fiereza con que pasarán compactos los escuadrones, filas interminables de toda clase de Santos, sonrientes, bellísimos y bien peinados, todos en la plenitud de la edad, como de 33 años, vestidos de Luz, mostrando cada uno en el pecho las condecoraciones, las medallas y cruces conquistadas, y con las armas santas con que han luchado y han vencido, con la mirada fija en Dios y el santo orgullo de ser de Dios y con Dios sus hijos para siempre...

“Al vencedor le haré sentarse conmigo, en mi trono, como Yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apoc. 3,21).

“¡He aquí la morada de Dios con los hombres! Morará con ellos, que serán su pueblo y El será "Dios-con-ellos". Y enjugará toda lágrima de sus ojos; no habrá más muerte, ni luto, ni lamento, ni angustia, porque las cosas de antes han pasado. Y El que estaba sentado en el trono dijo: *“He aquí que hago nuevas todas las cosas”* (Apoc. 21,3-5)

La Esperanza nos permite tocar con la mano desde ahora el futuro, saborearlo ya, desde esta vida, lanzando con el deseo el corazón del otro lado del muro que nos separa de nuestra Patria y perseverando con ardor en nuestra lucha, seguros de la Victoria:

“En el mundo tendréis tribulaciones, pero tened confianza;

¡Yo he vencido el mundo!”

nos dice el Señor (Jn 16,33).

